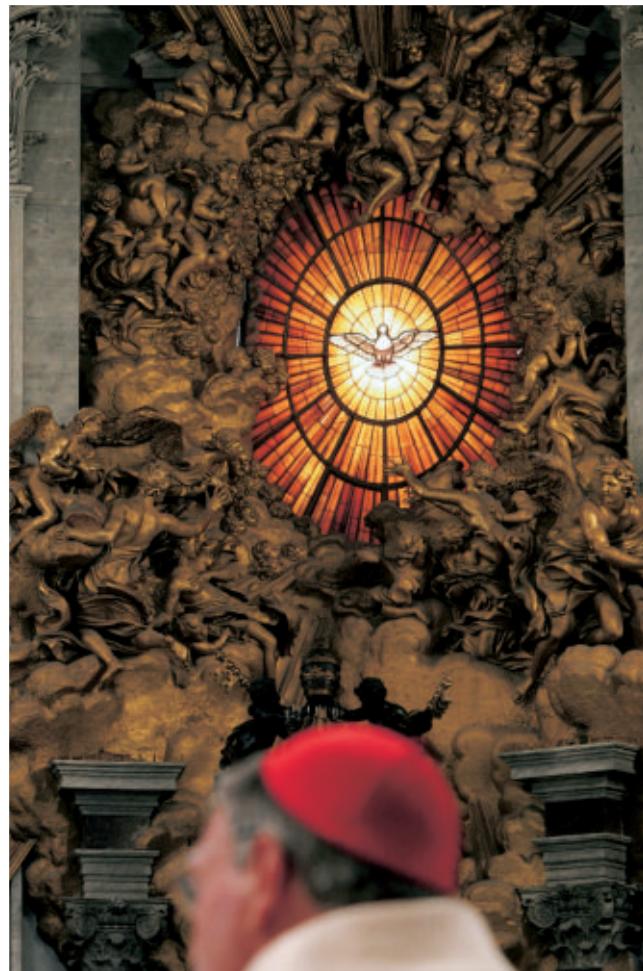


FIDELIDAD Y LIBERTAD

Interrogantes de una Iglesia abierta al Espíritu



JESÚS-ANDRÉS VICENTE DOMINGO
Parroquia de Santiago y Santa Águeda. Burgos

De Babilonia a Jerusalén

A caballo entre Pentecostés y la solemnidad de la Santísima Trinidad, el autor de estas páginas propone someter a la Iglesia al juicio del Espíritu para, con libertad y en fidelidad, identificar algunos de los desafíos que, a modo de interrogantes, se le presentan a nuestra bimilenaria institución en un siglo marcado por el secularismo religioso y una acentuada deschristianización. Con apertura al futuro y coherencia con el pasado, a la luz del Vaticano II y su llamada a discernir los signos de los tiempos –tarea todavía pendiente y siempre por actualizar–, el Espíritu nos impele hoy a la renovación eclesial, para salir definitivamente de Babilonia y encaminarnos hacia Jerusalén.

La expresión “aggiornamento” referida a la Iglesia se remonta al beato Juan XXIII, el Papa bueno. En ella sintetizó la finalidad primaria del Concilio Vaticano II, que se disponía a convocar. A la vista de su desarrollo y sus resultados, la “puesta al día”, a la que se refería el buen papa Juan, iba mucho más allá de un simple lavado de cara de la Iglesia o de un abrirse a los aires del momento. Tenía un alcance espiritual (renovación interior, vuelta a las fuentes del Evangelio...), teológico (profundizar y ensanchar el misterio de la Iglesia para acoger en su seno a los hermanos separados y, en definitiva, a todos los hombres), litúrgico (abrir el misterio de la fe a una celebración fructuosa, comprensible y participada; libre de adherencias extrañas) y pastoral (discernir los signos de los tiempos como indicio del designio divino para el mundo actual).

Para realizar una empresa de tal envergadura, la Iglesia entera –no sólo los obispos congregados en Roma– tenía que ponerse en camino con un estilo sinodal. Es decir, con libertad y fidelidad para acoger las mociones del Espíritu sin cortapisas ni caminos predeterminados; con apertura al futuro y coherencia respecto al pasado de la Tradición católica.

Los frutos del Vaticano II superaron ampliamente las previsiones del Papa convocante, al que el Señor llamaría pronto a su seno, las de su digno sucesor, Pablo VI, las de los propios padres conciliares y las del entero

Pueblo de Dios, que acompañaba gozoso y expectante el desenlace de la obra ecuménica. El Concilio nos había embarcado a todos en una tarea de largo aliento, con contenido y proyección para, al menos, un siglo. No sólo la segunda mitad del siglo XX, sino, previsiblemente, la primera mitad del siglo XXI.



Esta somera introducción nos permite formular ya una serie de preguntas, referidas principalmente a las Iglesias occidentales y, más en concreto, a la española.

■ Después de unas primeras décadas de aplicación conciliar con manifestaciones visibles e incluso espectaculares..., ¿no quedamos en la espuma, en la superficie formal, en el juego siempre peligroso de fobias y filias, de “pres” y “pos”, de partidarios y detractores? ¿No se había convertido el Concilio en signo de contradicción, justamente lo contrario de lo que pretendió?

■ Para obviar estos problemas reales acarreados por una práctica de los decretos conciliares apresurada y de primera mano..., ¿no se recurrió luego al freno, cuando no a la marcha atrás? (Siguiendo el símil automovilístico, si se hubiera engranado una velocidad corta –¡pero hacia delante!– se habría seguido avanzando con seguridad y potencia, salvando los inevitables obstáculos de toda obra humano-divina).

■ Finalmente, y mirando al presente, ¿estamos siendo fieles a lo que la propia Iglesia se propuso en el Vaticano II: acoger los retos actuales para la misión de la Iglesia, tratando de responderles desde la novedad permanente del Evangelio?

En este sentido, el Concilio ha de ser visto como una tarea pendiente, como un modo de ser y vivir la Iglesia de Jesucristo en medio de un mundo

definitivamente moderno. Creemos tener motivos para pensar que nuestra Iglesia tiene de nuevo que “ponerse al día” e ir al encuentro de una sociedad sustancialmente diferente de aquélla que ocupó la segunda mitad del siglo pasado.

■ Al hombre salido de las guerras mundiales, angustiado y cuestionado por el sentido de la existencia, le ha sucedido el individuo hedonista y cerrado en su presente, que renuncia a hacerse preguntas incómodas.

■ La pasión global por la justicia, sustentada en ideologías marxistas y en utopías revolucionarias, se ha diluido en distintos reformismos (feministas, culturales, medioambientales...), que nos remiten a unas solidaridades parciales y fragmentadas.

El paradigma “*igualdad-libertad-fraternidad*”, que sintetizaba el nuevo credo de la humanidad surgido de la Revolución Francesa, articulaba un ideario moral de origen cristiano, pero desvinculado de toda dogmática trascendente. Ésta fue sustituida progresivamente por el positivismo filosófico, científico y jurídico.

Con la llegada de la Revolución Industrial, es el ideal de la “*igualdad*” el que se erige en bandera movilizadora de los cambios sociales. En esta época, la vieja cristiandad, que, desde Europa, había alumbrado y aglutinado medio mundo, acelera su desmoronamiento interno. A los ojos de las masas obreras, la Iglesia aparece vinculada al Antiguo Régimen, a los poderosos del dinero, de la propiedad y de la milicia. De aquí surge una primera y dolorosa deserción que comienza a vaciar los templos y –lo que es peor– a enajenar las voluntades y a encender los odios y rencores (sentimientos profundos, difíciles de erradicar, y que se transmiten de generación en generación).

Ya mediado el siglo XX, los movimientos revolucionarios cambian de bandera. En el *Mayo francés del 68*, la “*igualdad*” (por lo demás, siempre pendiente) es reemplazada por la “*libertad*”. Su puesta en escena insultante y provocadora no debe confundirnos. Los imperativos



modernos de emancipación habían bajado a la calle. Las utopías ideológicas se convertían en adoquines arrojadizos. Esta vez, eran los estudiantes, los jóvenes libertarios, quienes protagonizaban el evento. Las masas obreras habían ido perdiendo la delantera e integrándose en los sistemas de producción, en la sociedad del bienestar. Ya sin moldes ideológicos ni disciplinas políticas ni credos religiosos, el *espíritu de autoafirmación absoluta* irá conquistando a los individuos, a las mentalidades (no sólo las “progresistas”),

impregnando a las sociedades con la ayuda de la publicidad, los medios y las tecnologías de la comunicación.

En consecuencia, la *societas christiana* fue desapareciendo como tal. La Iglesia fue dejando de ser la referencia cultural y moral aglutinante de un cuerpo social ya desvertebrado, sólo unido para empresas parciales y de bajo perfil. A la deserción masiva de los obreros se alió la de los intelectuales y los jóvenes... ¿Qué le había quedado a nuestra Iglesia europea? Una “clientela” residual. Por muchos motivos, ejemplar y benemérita, sí,

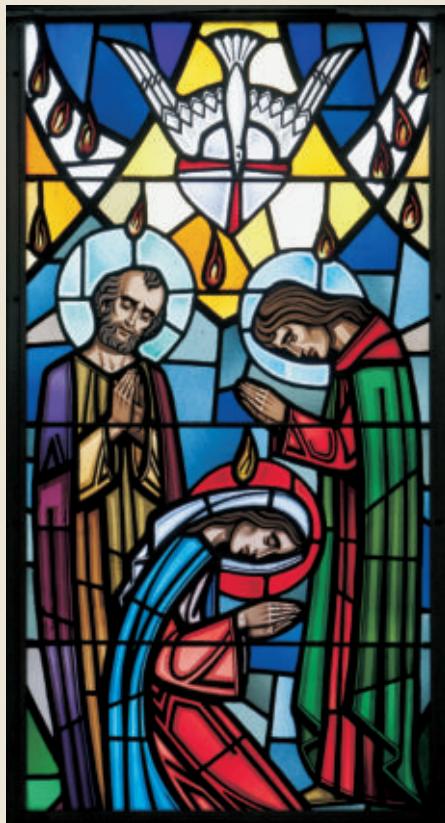
pero residual. Sociológicamente, poco significativa (o, peor aún, considerada como un fenómeno folclórico y obsoleto, fácilmente ridiculizable). En todo caso, destinada a pasar sin dejar relevo.

UN DIAGNÓSTICO RADICAL

La modernidad ha traído consigo, entre otras cosas, el secularismo religioso. La indiferencia y la permisividad no son forzosamente anticlericales. Su alcance es mucho más radical: las religiones organizadas son vistas como opuestas a la libertad individual y social y, desde ese supuesto, son claramente prescindibles. (No sólo “se puede vivir sin ellas”, sino que “es mejor vivir sin ellas”). Los hombres de nuestro tiempo miran hacia otro lado. Las motivaciones espirituales y las energías que antaño suscitaban las religiones se han sustituido por alternativas diversas y ajenas al universo cristiano. Ya no son deudoras del Evangelio, como lo eran los viejos ideales revolucionarios. Son otra cosa. Alternativas plurales, dispares y, a veces, contrarias entre sí, que no responden a un modelo global. Sólo tienen una cosa en común: la afirmación de la libertad individual.

El largo proceso de deschristianización, contemplado desde la perspectiva de las Iglesias, sigue su curso para llegar hasta las últimas consecuencias. No ha sido fruto de un día, ni de una mala racha, sino de una lógica implacable.

En cierto sentido, la Iglesia del Concilio Vaticano II pretendió salir al paso con un espíritu de sincera autoconversión evangélica, de revisión de sus responsabilidades históricas y con un diálogo positivo y abierto –no exento de crítica– a entablar con los nuevos interlocutores sociales. En los años inmediatamente posteriores a la celebración conciliar, se pensó –sin duda, ingenuamente– que ello bastaría para invertir la tendencia. Si la Iglesia se ponía al paso de los tiempos, éstos se pondrían al paso de la Iglesia. Y que, por lo tanto, la Iglesia católica volvería a ser la patria espiritual de Occidente, con la firme convicción de que cuanto era bueno para la sociedad lo sería también para la Iglesia, y viceversa. Pero no fue así. Los resultados defraudaron las



expectativas. ¿Por culpa del Concilio o de su concreta puesta en práctica, como frecuentemente se piensa (aunque no siempre se diga)? De ninguna manera. Varios y competentes historiadores han demostrado que el Concilio contribuyó a ralentizar un proceso decadente que, sin esta iniciativa del Espíritu –no lo olvidemos–, hubiera sido más rápido y, lo que es peor, lastrado por unas consecuencias nefastas para una Iglesia desprovista de instrumentos teológicos y de análisis histórico para poder entenderlo y asumirlo.

Digámoslo claro y breve. La Iglesia actual está pagando aún los réditos de la cristiandad. Una deuda histórica que no ha prescrito. Sobre todo, en el delicado terreno de la libertad humana.

Su pasado constantiniano de alianza con el poder, para ponerlo al servicio de la extensión de la fe cristiana, pudo explicarse en unas circunstancias históricas belicosas y turbulentas. Su apego al dinero y su afición a acumular propiedades –incluso la vida lujosa y mundana de sus dirigentes– se compensaban largamente con las múltiples iniciativas de caridad y con los ejemplos heroicos de tantos santos

cristianos y de congregaciones religiosas que han vivido las bienaventuranzas evangélicas. Todo ello nunca ha faltado, felizmente, en la historia de la Iglesia y ha influido en nuestra cultura y nuestra moral colectivas.

Pero en el campo de la libertad, que –repitámoslo– es el dominante en nuestro tiempo, el déficit de la Iglesia es patente. La libertad religiosa (que presupone la libertad de conciencia), afirmada por el Concilio, fue sin duda uno de los puntos más novedosos –y, por ello, más conflictivo– de toda la práctica conciliar. Le sorprendió a la Iglesia, sobre todo a la española, con el pie cambiado. Hasta el punto de que una libertad religiosa, valorada positivamente; promovida, ofrecida y pedida como un bien humano y evangélico; una libertad considerada como eje vertebrador de la acción pastoral de la Iglesia e inspiradora de su inserción en la sociedad secular... está aún por estrenar. Su lugar lo ocupa una tolerancia resignada, o bien la nostalgia idealizada de un cristianismo más compacto e influyente en la sociedad.

A veces, nuestra Iglesia mantiene un comportamiento medroso, achacando a la libertad, caricaturizada de *libertinaje*, la culpa de todos los males propios y ajenos. Díríase que aún sueña con aquella interpretación retorcida del “*compelle intrare*” (*obligadlos a entrar*) de la parábola lucana (Lc 14, 23), que justificaba las conversiones masivas, forzadas e impersonales de la cristiandad medieval y de las conquistas coloniales.

CUANDO CASI TODO SE HA PERDIDO

En las últimas décadas y en ocasiones diversas, la Iglesia, a través de sus representantes más cualificados, ha pedido perdón por sus pecados históricos. Es un ejercicio de sincera humildad (independientemente de cómo sea percibido por la opinión pública y por algunos de sus mismos fieles) que le honra y que, al mismo tiempo, manifiesta su peculiaridad frente a otras instancias sociales incapaces de toda autocrítica.

Pero aún no se ha dado una conversión convencida a la gozosa

libertad de la fe. Formalmente, se admite –¡cómo no!– la gratuitud de los dones divinos y la oferta no coactiva de las creencias. Pero, en el fondo, la libertad no es el principio rector. ¡No estamos convencidos de su grandeza! Nos da miedo la libertad y, por lo tanto, no nos atrevemos a sacar todas las consecuencias que ella implica en cuanto a las relaciones internas y externas, personales y sociales, de la Iglesia.

No nos hemos de extrañar ni escandalizarnos porque tengamos esta “asignatura pendiente”. La conversión no sólo es una cuestión individual e íntima. Tiene también un alcance societario y sigue un calendario gradual condicionado por la historia. Así ha sido en el pasado. La providencia divina se sirvió, por ejemplo, de los movimientos revolucionarios y de arbitrarias leyes civiles para despojar a la Iglesia de sus bienes abusivos y superfluos, facilitando de esta manera –ja su pesar!– su conversión al Evangelio. ¿No seguirá la providencia en nuestros tiempos esta misma paradoja –la del libro de Jonás–, para llamarnos a la conversión hacia la libertad de los hijos de Dios?

Mirando a nuestro país, al ir cesando la presión social a favor de la Iglesia visible, ¿qué es lo que aparece?, ¿qué es lo que queda? El panorama desolador que advertimos, ¿es sólo consecuencia de las presiones contrarias, de las fuerzas enemigas? ¿No estamos atravesando, mal que bien, *la prueba*

de la realidad, la que pone a cada cual en su sitio? Y, si es así, ¿los resultados son forzosamente malos, o bien tienen un valor revelador y terapéutico? Según respondamos a estas cuestiones, así será nuestra orientación práctica.

Cabe seguir a la defensiva, peleando –caso por caso– cada desafuero, invocando las razones históricas y jurídicas que puedan asistir a la Iglesia. Y continuar así transmitiendo la impresión de que, faltos de algo interesante y novedoso que ofrecer, nos limitamos a conservar las posiciones que nos puedan asegurar la subsistencia a corto plazo.

Cabe también atrincherarnos en una identidad cristiana y eclesial de aristas duras y cortantes, so pretexto de fidelidad a la tradición católica y a la esencia innegociable de la ortodoxia. Es ésta una actitud sumamente peligrosa. En el fondo, acechan la rigidez fundamentalista y el orgullo autocoplaciente. (La Iglesia no tendría nada que cuestionarse, cuando es la sociedad la que está errada. Nuestros contemporáneos aquí nos tendrán siempre... Pero, ¡que vengan ellos!).

Cabe seguir empecinados en la vuelta a un pasado más sólido y triunfal, obsesionados por el talismán de ciertas fórmulas ya experimentadas, cuya eficacia real no está exenta de ambigüedad (ni tampoco de hechos

bochornosos) y que, en todo caso, impiden alumbrar el verdadero futuro.

Cuando en casi todas las partidas vamos perdiendo terreno (la juventud, los intelectuales, las barriadas urbanas, las vocaciones, el aprecio popular, la moral sexual y familiar, la petición de los sacramentos, la asistencia y la motivación en la catequesis infantil y adolescente, en los colegios religiosos, en las universidades católicas...), sólo cabe aceptar la evidencia. Estamos en el desierto, donde no hay atajos y sí espejismos; donde no hay pistas trazadas ni plazos medidos... Es el momento de preguntarnos en la pura desnudez: *¿Qué quieres de nosotros, Señor?* Y escuchar antes de hablar.

EL ALEGATO DE JEREMÍAS (Jer 29, 1-32)

Las grandes carencias históricas reclaman conversiones históricas. Estamos en el destierro, a donde nos ha conducido un cristianismo sociológico y cómodo, con poco arraigo en la libre decisión personal. A fuerza de acostumbrarnos al paisaje cristiano, nos hemos salido de la ruta y nos encontramos como extraños y alejados de nosotros mismos. Ya no tenemos referencias válidas. El pasado no sirve y el futuro es incierto. Creyendo estar aún en Jerusalén..., ¡nos encontramos en Babilonia!

Salvadas las distancias, nos pueden servir el diagnóstico y las



indicaciones prácticas que el buen **Jeremías** daba al pueblo del exilio. Los falsos profetas se contentaban con minimizar la gravedad de la situación y con acortar los plazos del destierro babilónico. A la Babilonia criminal y corrompida había que combatirla desde el disenso, para forzar cuanto antes su rendición y volver libres a la tierra de antaño.

Pero éstos no eran los caminos diseñados por Dios. Jeremías sale al paso anunciando un período prolongado y, sobre todo, sin control posible. No lo presenta sólo como un castigo divino, sino como una oferta de gracia. Al pueblo, definitivamente alejado de su tierra, de sus apoyos y tradiciones seculares, de su culto y sacerdotes, sin poder ni seguridades humanas... ¡ya sólo le queda el Señor y su palabra que todo lo llena! (cfr. Dan 3, 26-41). Han de aprender a escuchar a Dios en tierra extranjera (cfr. Sal 137). No basta con cambiar de tácticas: han de mudar el corazón. Y, para ello, hace falta tiempo... El tiempo de Dios, que no coincide con el de las expectativas de los hombres. De ahí, el sorprendente consejo de Jeremías a los desterrados en Babilonia: "La cosa va para largo. Edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed su fruto" (Jer 29, 29).

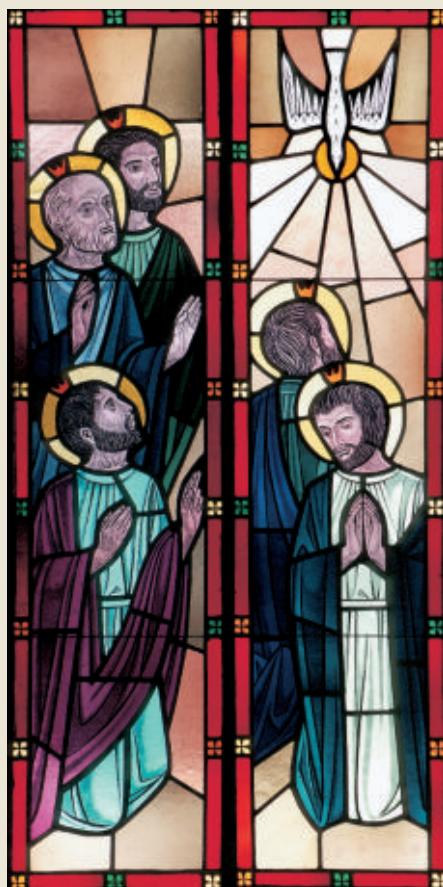
¿No nos invita hoy el Señor a habitar en la sociedad secular en régimen de igualdad con nuestros conciudadanos, sirviendo humildemente a su desarrollo y su futuro, sin traicionar nuestros principios? Hemos de aprender a buscar como discípulos los caminos de Dios en la nueva situación, pendientes tan sólo de su Palabra leída, meditada y celebrada en su Iglesia; a ser cristianos en "Babilonia" –en la diáspora y la gentilidad– cuando hasta ahora sólo lo hemos sido en "Jerusalén".

LA IGLESIA DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Los discípulos del Crucificado, ungidos en Pentecostés con la fuerza del Espíritu, son conscientes de que han de seguir los mismos caminos del Siervo **Jesús** en la audacia y la mansedumbre. *No tienen oro ni plata, pero en nombre de Jesucristo resucitado ofrecen lo que tienen a cuantos se acercan a ellos*

tendiéndoles la mano. Su poder y su palabra no son los suyos propios, sino los de Otro, que habita en ellos y que por medio suyo sigue realizando sus planes. **Pedro y Juan** y los demás apóstoles no enseñan teorías. **Pablo** no busca la elocuencia ni la sabiduría de este mundo: transmiten el Nombre de Cristo (su persona viva) y su poder salvador. ¡Son sus testigos, no sus propagandistas! (Hch 1, 8).

Los Apóstoles predicán el hecho de la injusta muerte de Jesús para subrayar la realidad insólita y salvadora para todos de su Resurrección de entre los muertos, obrada por Dios Padre en el poder del Espíritu. Tampoco fustigan a los gentiles por sus errores y perversiones (¡sin Cristo, son insalvables!). No buscan la revancha ni sueñan con el pasado (aunque fuera con la piadosa intención de reivindicar la memoria del Nazareno). No piden el apoyo y el favor de las distintas instituciones religiosas o políticas de su tiempo para extender el Evangelio. Sólo pretenden una cosa: ¡hablar con libertad y fuerza espiritual de Jesucristo! Y lo harán, tanto si les



dejan como si no. O bien como *testigos*, o bien como *mártires* (que para el caso es lo mismo), dando en precio su vida. Mucho menos pretenden cristianizar a toda la sociedad, reemplazando a los sistemas culturales o políticos existentes. En realidad, no pretenden nada por sí mismos. Es el Señor quien va escogiendo a sus elegidos, haciéndolos suyos en el Bautismo y destinándolos a la vida eterna, formando a las primeras comunidades de creyentes. Así se evangelizó un mundo no cristiano, *desde Jerusalén, pasando por toda Judea y Samaría, hasta los confines de la tierra* (Hch 1, 8).

El magisterio de los papas posteriores al Vaticano II –desde Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* hasta **Benedicto XVI**, a través de la prolífica enseñanza de **Juan Pablo II**– se ha referido frecuentemente al libro de **los Hechos** como el paradigma para la *nueva evangelización*. Allí encontramos los primeros trabajos de la Iglesia apostólica para formarse a sí misma siguiendo la génesis novedosa que le imprime el Espíritu. Allí vemos, en su embrión y primer desarrollo, a los diferentes carismas, que son necesarios para el funcionamiento interno y externo de la Iglesia. Allí contemplamos la singular presencia que va adoptando la Iglesia en el tejido social de las distintas civilizaciones y culturas que pueblan el mundo mediterráneo. Allí conocemos por primera vez **los cuatro pilares básicos** que estructuran la vida cristiana: *la enseñanza de los Apóstoles, la oración en común, la fracción del pan y la comunión de bienes y vida*.

San Pablo dirá que el Evangelio es fuerza de Dios y sabiduría de Dios, que brota de su liberalidad y suscita voluntades libres y filiales que lo acogen con gozo. ¡Ésa es su grandeza y su fragilidad! Lo que es gracia, sólo gratis ha de ofrecerse. Sin imposiciones, condiciones o dependencias de cualquier tipo; asumiendo, por lo tanto, todos los riesgos que asumió nuestro Salvador. Lo que es anuncio gozoso, sólo ha de presentarse positivamente apelando a los requerimientos más nobles de las personas y los grupos humanos. Los Apóstoles saben que se dirigen a pecadores, a los que Cristo ha

salvado en su cruz. No se extrañan de que su libertad se halle condicionada y esclavizada por las obras de la carne. Pero están persuadidos de que esta libertad se suscita, se educa y se engrandece con el anuncio del Evangelio.

El déficit al que ha llegado nuestra Iglesia en los umbras del siglo XXI –su travesía del desierto– se caracteriza no por la carencia de bienes materiales o de instituciones que le proporcionen una cierta presencia social. ¡Le falta su sustancia, le faltan cristianos verdaderos! Personas que se alleguen a ella libremente y a ella se vinculen por lo único que la constituye y la hace existir: **¡Jesucristo!** Todo lo demás es relativo e incluso prescindible.

LA BANDERA DE LA ‘FRATERNIDAD’

Si la *justicia* y la *libertad* han sido y son banderas polémicas, alzadas fuera de la Iglesia, queda una tercera en el tríptico revolucionario: la de la *fraternidad*.

En este punto, el déficit se sitúa netamente en el campo de la sociedad secular. No es que no haya habido intentos de solidaridad internacionalista en nombre de la clase social, de la pertenencia a una raza o nación, de la cooperación al desarrollo entre los países, o del ideal deportivo, pongamos por caso. Pero, ausente el Espíritu superador de las contradicciones y, con él, el Amor oblativo, estos intentos frecuentemente han degenerado en tragedias mortíferas para los individuos y los pueblos, en violencia insensata y cruel, en corruptelas y mercantilismo sin corazón... Los testimonios de la historia son, por demás, elocuentes. La sociedad actual ya no se fía –razones no le faltan– de quienes proclaman la fraternidad universal como motor de la historia.

El ideal de *justicia* de nuestros contemporáneos se proyecta en ciertas personalidades (**Madre Teresa, Vicente Ferrer, Nicolás Castellanos...**) o en iniciativas solidarias tipo ONG, en sí mismas admirables. Con ello, parece saldarse la cuota de solidaridad, mientras, al mismo tiempo, se siguen



manteniendo diferencias, barreras y privilegios.

El ideal de *libertad*, está, ciertamente, arraigado en la conciencia individual de las personas. Pero sus formas exteriores no van más allá de una tolerancia blanda y sin contenidos precisos. Una tolerancia fácilmente amoldable y domesticable. Fuera de ella, no se da ningún compromiso con la libertad del prójimo. (Justamente aquí está la clave: los otros son “ciudadanos”, pero no “prójimos”).

Nuestra sociedad parece haberse resignado a tener un buen pasar con un mínimo de responsabilidades (que en lo posible se derivan hacia los demás o hacia los servicios públicos). En *“Babilonia”* se vive bien con tal de que no se ponga en cuestión el sistema. Cabe la filantropía, pero no hay lugar para el heroísmo altruista.

Los cristianos, precisamente, tenemos la *fraternidad* como don y tarea. El amor mutuo ha de ser nuestro permanente distintivo, más allá de modas o conveniencias. Y así ha sido en una historia multisecular, en la que el pecado abundante en su seno ha servido para que sobreabundara y resaltara la gracia del inexplicable amor fraternal. Porque gracia es la comunión de

aquellos que, por encima de diferencias y fronteras, se unen en la escucha y la práctica de la misma Palabra de Dios, en la misma Fe, en el mismo Bautismo y en el mismo Dios y Padre. Estos vínculos crean una fraternidad tan fuerte, un amor tan humano y espiritual al mismo tiempo, tan entero y entregado, que no tiene parangón en la sociedad humana. ¡Ésta es nuestra aportación más peculiar! La humilde bandera de la fraternidad cristiana se alza por doquier en nuestro mundo, como signo patente de la existencia de un Dios-Padre de todos; de un Dios-Patria común. Por eso, porque somos por voluntad divina parábola, signo y semilla del Amor universal, los cristianos de nuestra Iglesia nos autodenominamos con gozoso orgullo ¡católicos! Juan Pablo II nos invitó con audacia a construir la *civilización del amor*, de la que ya habló su predecesor, Pablo VI. Y el actual papa, Benedicto XVI, ha hecho del Amor el quicio de su magisterio.

Tras esta reflexión, volvamos a la cuestión que nos preocupa sobre el futuro de la Iglesia. Sean cuales fueren las condiciones sociológicas en las que ésta tenga que vivir (está acostumbrada, como san Pablo, a la privación o a la abundancia), nada le impide, antes

al contrario, vivir la fraternidad entre sus miembros y abrirla humildemente a los demás. Éste puede ser el punto de enganche que le permita tomar de nuevo contacto con unas masas sociales que hace tiempo le son extrañas. Sólo el amor gratuito y amistoso puede deshacer los prejuicios y acercar las voluntades. Todos somos sensibles al amor y, al ser éste una acción relacional, la Iglesia que ofrece gratuitamente sus dones y servicios recibe las riquezas de los hombres, sus hermanos. Se crea una relación de igualdad y de autenticidad, que facilita la apertura de unos y otros al “Dios siempre mayor”, al que hay que adorar en espíritu y en verdad.

Se dice y se escribe con frecuencia que muchos de nuestros contemporáneos, hastiados del nihilismo que todo lo banaliza, están en búsqueda de sentido, abiertos a la transcendencia y al misterio. Como argumento probatorio, se suele acudir al éxito de las sectas y de los grupos esotéricos, que prometen experiencias espirituales sin el rigor de una dogmática o de un compromiso institucional. Es éste un asunto complejo y que merece un análisis delicado. Pero, desde luego, no sería justo concluir que la Iglesia ha de volver a ser una institución religiosa que ofrezca, ante todo, prácticas de piedad, devociones varias, ritos llamativos... envuelto todo ello en un halo de misteriosa espiritualidad. Los cristianos somos espirituales, que no “pietistas” (san Pablo tendría mucho que decir hoy frente a ciertas prácticas pseudoespirituales). Y la Iglesia sabe que *su camino es el hombre* –la humanidad con todo su peso y sus aspiraciones, con su grandeza y su miseria–, como bien nos señaló Juan Pablo II al comienzo de su pontificado.

IGLESIA, SÉ TÚ MISMA!

El propio papa Juan Pablo II, en Santiago de Compostela el 8 de noviembre de 1992, lanzó la famosa interpelación: *“Europa, sé tú misma”*. A la vista de la evolución de los acontecimientos, se impone un cambio de sujeto: *“Iglesia de Europa, sé tú misma”*. Para que Europa sea cristiana, es, ante todo, la Iglesia quien tiene que cambiar y abrir brecha.

La Iglesia del Vaticano II reflexionó sobre su naturaleza y su papel y se decidió a *ser ella misma*, con valentía apostólica; a recobrar la “*parrehesia*” de los primeros tiempos, la misma que le llevó a encontrar su sitio martirial en el Imperio Romano. Entonces como ahora, su apuesta era pacífica y positiva; no iba contra nada ni contra nadie. Pero no pasó desapercibida y, como su Maestro, suscitó adhesiones y rechazos con igual pasión.

“*Iglesia, sé tu misma*”, quiere decir que, siendo pequeña y servicial, tiene que tomar la iniciativa y proponer a los hombres el Evangelio de Jesucristo. ¡Tomar, sí, la iniciativa, porque el Evangelio es novedad y no se propone solo!... y no “bizquear” a izquierda o derecha, buscando apoyar o contrarrestar las posiciones ajenas. O el Evangelio va por delante, o no es tal (¡Atención!, por delante de todos, incluso de los propios cristianos). No somos los dueños del Evangelio, sino sus *siervos inútiles*).

Hablamos de una Iglesia centrada en su misión, la que recibió de su Señor (Mt 28, 16-20): constituir por el Bautismo **comunidades de discípulos** y no números estadísticos. Unas comunidades que se preocupen no tanto por la cantidad cuanto por la calidad de la vida cristiana, libremente asumida por sus miembros (a los que garantizan, en todo caso, los cuatro pilares de la vida cristiana, que hemos conocido en los Hechos de los Apóstoles).



Comunidades que, recibiendo con gozo la variedad de dones y carismas del Espíritu, se remiten al único Señor a quien pertenecen y no a personas concretas, por valiosas o carismáticas que éstas sean. Comunidades abiertas a la comunión católica sin trampa ni cartón; conscientes de que sin la coherencia de la fe son igualmente vulnerables a las tentaciones del mundo al que han de evangelizar.

Estas comunidades pueden y deben ser sanamente críticas con la mentalidad social, con la cultura dominante en cada caso y con cuantos tienen especiales responsabilidades en el bien común. Pero será una crítica ejercida desde el compromiso, con la unción de la caridad y la humildad, pensando exclusivamente en el bien de sus destinatarios y no en la propia supervivencia.

Para terminar, y retomando el prototipo del exilio babilónico, no sabemos cuándo volveremos a *Jerusalén* (entiéndase, a una Iglesia floreciente en buenos cristianos, en multiplicidad de carismas y vocaciones, en representatividad de todas las edades y estamentos sociales...). Pero una cosa es cierta: *Jerusalén* se renovará cuando se haya renovado *Babilonia*. El éxito de la Iglesia y el de la sociedad civil son diferentes, sí, pero correlativos. No se edifica la Iglesia sobre las ruinas del mundo, sino sobre Jesucristo, el único cimiento que nos ha sido dado.

